

CRÍTICA DE ARTE

El estudio de García Patiño

El ambiente es uno de los mayores condicionantes en la conducta de las personas. En algunos casos son ideologías políticas, en otros, el centro docente. En el caso del pintor coruñés Antonio García Patiño han podido ser desde determinadas lecturas, como los primeros poemas de Lorca cargados de tragedia, su propio clan familiar —de su hermano hereda la pasión por pintar—, o su antigua condición de militar que le dotó de una rigurosa disciplina. Disciplina que rompe al caricaturizar a personajes o amigos donde las dotes de rigidez y espíritu cartesiano se pierden.

Patiño es pura ironía. En su comportamiento y en su manera de pintar o esculpir. Su neofigurativismo se apodera de un espíritu actual entre el temor y el ridículo de la existencia cotidiana. Explora y manipula la realidad humana con tono burlesco y melancólico. Su teatro de marionetas es recurrente. En su estudio cuelgan grandes series como el tarot, el santoral gallego, pasajes bíblicos o el tema taurino con todo su drama. Figuración por doquier abundando la temática femenina.

En una visión un tanto pesimista, escéptica, mujeres sentadas, recostadas, pensativas simbolizan el trabajo absurdo, la monotonía diaria como algo que todo ser humano debe asumir hasta el final de sus días. Muerte representada en enormes planos negros que cubren muchas superficies de sus lienzos, o en el aura simbolizada en esos trazos gruesos azabaches de contornos tan roualtianos.

Se alimentan esas féminas de la filosofía del absurdo. En 'El extranjero' Camus deshoja la vida del protagonista: mediocre y tediosa. Patiño, para no ser presa de la rutina cotidiana, disfruta del presente. Entonces el pintor imagina seres juguetones, retorciéndose, acariciándose o en poses eróticas de encontronazos carnales.



Por
**Fátima
Otero**

Patiño no es desapasionado cuando retoma la tradición del arte medieval, el sarcasmo del Bosco, porque es volver a los orígenes, regresar a la más pura labor gremial.

Es habitual en la plástica gallega caer en fijaciones expresionistas. La de Patiño no es desgarradora como la europea. Se percibe más pausada, más melancólica. Los rostros reflejan apatía exterior, dolor contenido que contrasta con posturas desgarradas, provocativas y en ocasiones grotescas, en una doble vertiente que es uno de los encantos de su obra.

Su pintura semeja un vitral románico sin lugar para el paisaje. Las figuras lo acaparan todo y son las principales protagonistas. Los contornos fuertes que enmarcan las imágenes son como lazos que asfixian a las figuras. Es inevitable pensar en los planos cubistas que analizan las diversas partes del todo, pero también en la magia y mitos de las civilizaciones antiguas, en los albores de las primeras esculturas, cuando se apostaba por conseguir un canon de formas perfecto.

Tanto en su faceta pictórica como en la escultórica (a la que Patiño dedica muchas horas de trabajo), es inevitable pensar en el cubismo picassiano. Bloques cuarteados simulan piedras milenarias, imágenes faraónicas o de templos precolombinos. Alguna postura sugiere el estilo de la cultura tolteca, de divinidades aztecas cual diosas de la fertilidad, con bordes ensanchados y fuerte peso corporal.

Patiño, ya consagrado internacionalmente, ha dejado por el momento su tradicional nomadismo para afincarse en A Coruña, su ciudad natal. Pero su singladura no es definitiva. Quedan muchos mares que surcar y lo hará, porque su espíritu es inquieto y provocador. Se enfrentará al tiempo con permanente curiosidad, la mejor receta para la eterna juventud.